

Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui

TOURAINE, Alain. Paris: Fayard, 2005. 365 p.

Alain Touraine: un nuevo paradigma o el fin del discurso social sobre la realidad social

RAÚL ENRIQUE ROJO *

Como el *beaujolais*, el pasado 12 de enero *le Touraine nouveau est arrivé*. En efecto, ese día fue lanzado en las librerías de Francia el último libro de Alain Touraine *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*. Como ocurre con los buenos vinos (y a diferencia de lo que pasa con el *beaujolais*) los años parecen acrecentar la calidad del análisis del autor y la agudeza de sus observaciones. ¡Qué buena “cosecha”, esta del 2005! Unos meses antes de cumplir sus jóvenes ochenta años el Maestro emprende, así, una nueva etapa en su reflexión sociológica, proponiéndonos una clave interpretativa diferente, “un nuevo paradigma” para dar cuenta de la realidad social. En el centro de este libro se encuentra una cuestión central: la sociología (concebida como un modo de análisis particular de los hechos sociales, que tiene orígenes relativamente recientes) ha llegado al fin de su camino y, de la misma manera en que ella sustituyó otro abordaje que proporcionaba una lectura política de la realidad social, vemos, desde hace varias décadas, desaparecer uno tras otro los instrumentos de análisis de la vida social en provecho de categorías y *grades* de análisis cultural. En

* Doctor en Sociología por la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS, París). Profesor del Departamento de Sociología y de los Programas de Posgrado en Sociología, en Derecho e en Relaciones Internacionales de la UFRGS. Dirección electrónica: raulrojo@ufrgs.br

particular, tiende a desaparecer toda referencia a la sociedad como principio de legitimidad de las conductas sociales en beneficio del propio individuo. Es el actor en persona, quien se atribuye esta capacidad de autolegitimación, que Touraine llama el sujeto y que reencontramos en todas las esquinas, en la conversación cotidiana, en los grandes debates y en las conductas novedosas o en los nuevos movimientos colectivos a los que nuestro autor prestó siempre tanta atención.

Después del fin de las representaciones o de las concepciones religiosas de las conductas humanas, se vio aparecer un conjunto de nociones, un paradigma, que conformó un orden político y que permitió considerar la vida social como la introducción del orden en el desorden y de la paz en la guerra, haciendo del poder y la legitimidad los problemas centrales de la realidad social. Finalmente, (casi) todo el mundo acabó por dar una gran importancia a la idea de revolución, ya que fue a través de una de ellas (cuando no de dos) que los primeros países europeos (Holanda, Inglaterra, Francia), los Estados Unidos y más tarde las antiguas colonias ibéricas independizadas entraron en lo que se convino en llamar modernidad. El conocimiento de la realidad social estuvo dominado, así, durante varios siglos (del XIII al XVIII) por problemas más políticos que sociales: los propios de la identidad nacional, de la independencia y de los efectos de la modernización sobre la capacidad de acción política.

Touraine recuerda con qué rapidez y brutalidad esta concepción de la sociedad (que, de todas formas, no ha desaparecido completamente) fue sustituida por otra visión, por un segundo paradigma, estrechamente asociado a la formación y al rápido desarrollo del capitalismo en Gran Bretaña, Bélgica y una parte de Francia. Fue, evidentemente, Karl Marx quien pensó con más agudeza esta transformación (en especial en sus textos acerca de la revolución de 1848 y de las luchas sociales en Francia de 1870), análisis que el siglo que siguió confirmó en lo principal. Como consecuencia de ello y

como recuerda nuestro autor, hemos hablado de clases sociales, de funciones, de integración, de crisis, de socialización, de represión o de formas de remuneración y de motivación de las actividades. En síntesis, *“parecía no haber ninguna duda sino por el contrario una fuerte necesidad de referirnos al durable éxito de una visión social de los fenómenos sociales”*. La idea central que sostenía este modelo consistía en ver la sociedad como un organismo cuya vida dependía del cumplimiento de ciertas funciones (que, a su vez, podían ser bien o mal cumplidas) y de la capacidad de integrar los recién llegados a esta sociedad (lo que condujo durante mucho tiempo a hablar de la escuela, la familia y hasta de los grupos de iguales como “agentes de socialización”). La sociología que surgió de esta visión, y que junto con Touraine podemos llamar “clásica”, se preocupó naturalmente por el mantenimiento de la organización social, pero también por su transformación y su capacidad de procesar los cambios sin entrar en crisis ni sucumbir a conflictos incontrolables. Si hablamos de sociología clásica (de Émile Durkheim a Talcott Parsons y la generación siguiente, constituida por sus alumnos y por aquellos que se inspiraron en su obra aunque imprimiéndole a veces un sesgo distinto del suyo), no debemos olvidar que algunos de estos últimos (por ejemplo Robert K. Merton, Jeffrey Alexander, por no hablar de Anthony Giddens) ilustran también el pasaje de esta visión sociológica de los hechos sociales a otra más centrada sobre los actores o, cuando menos, en la *agency*.

No sin una punta de provocación, afirma Touraine que esta visión fue completada y sustituida parcialmente

por lo que podríamos llamar un funcionalismo crítico, proveniente también de Marx y poductor como él de trabajos de la mayor significación, se trate de la primera generación de sociólogos y filósofos de Frankfort o de Michel Foucault y sus discípulos más importantes, como

*las feministas radicales norteamericanas reunidas en torno
de Judith Butler,*

añadiendo que “el eco despertado por la obra de Pierre Bourdieu nos muestra el vigor de este pensamiento, hasta ayer o hasta hoy mismo”. Este pensamiento trajo aparejadas consecuencias específicamente políticas, la más importante de las cuales fue, en nuestra región, el triunfo de la concepción más radical de la teoría de la dependencia, que llevó a buena parte de la academia (y de los académicos) latinoamericanos a preferir la guerra de guerrillas a los procesos democráticos.¹

¿Qué imagen de la vida social nos brindan estas concepciones que nuestro autor define como *funcionalistas*, “ya que evalúan y analizan las conductas desde el punto de vista de las necesidades o de las funciones de los sistemas sociales o del estatus o los papeles de los actores”?

Se trata de una imagen de la sociedad como un *constructo*, como un “monumento”. Todas estas formas de sociología clásica correspondían al estudio de conjuntos sociales considerados como sólidos, dominantes y todopoderosos. Se trate del triunfo de las sociedades capitalistas democráticas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, de la construcción del Estado de bienestar de posguerra o de lo que se dio en llamar la “sociedad de masas”, sus modos de funcionamiento y todas sus categorías debían ser consideradas como los signos o mejor aún, como los síntomas de determinados sistemas de dominación.

Mas estos modelos de referencia han desaparecido. Vivimos en un mundo de crisis. Las grandes revoluciones y los fenómenos totalitarios del siglo XX, las dictaduras religiosas o étnicas, y hasta el rápido crecimiento de

1 Touraine reconoce que puede parecer artificial resumir la sociología clásica a estas dos corrientes, pero insiste en esta visión porque cree que los demás trabajos que podrían ser citados (de la Escuela de Chicago a las diversas formas de interaccionismo que culminaron con la obra de Erving Goffman) no son verdaderas concepciones globales de la vida social sino apenas un conjunto de tentativas para pensar la realidad social a partir del actor. Por eso considera que este pensamiento, así como la importantísima obra de Jürgen Habermas, no pertenecen verdaderamente a la era sociológica sino son ya “post-sociológicos”.

la incertidumbre y del riesgo nos han enseñado que nuestro futuro está marcado por la destrucción del medio ambiente, las consecuencias desastrosas de una profunda modificación de nuestro clima y el peligro de la violencia generalizada. Cualquiera que sea el punto de vista que adoptemos, parece claro que hemos abandonado la idea de que vivimos en ciudades construidas a la sombra de sus monumentos y en medio de instituciones que ponían en práctica ciertas normas, que eran al mismo tiempo transmitidas a las jóvenes generaciones por la escuela, y protegidas de toda divergencia por un sistema de represión. Vivimos en una sociedad de continuos cambios, una sociedad de flujos más que de estructura, donde lo imprevisible es regla y todo se fragmenta. Donde el dinero, los mercados y las guerras desempeñan un papel mucho más importante que las instituciones. Touraine recuerda que historiadores como Reinhart Koselleck han demostrado que hemos cambiado de sistema de representación de la historicidad, que abandonamos la secuencia “pasado-presente-futuro” para vivir en un presente casi ilimitado, separado de un pasado cada vez más desconocido y que ha devorado una parte tan grande del futuro que éste no parece existir más que como “corto plazo”. En tal situación, ¿es todavía posible emplear la palabra “sociedad” en otro sentido que no sea meramente descriptivo?² Urge pues, para Touraine, definir la nueva situación y sobretudo el inédito conjunto de categorías de análisis del nuevo pensamiento social. El cambio ya se ha producido y estamos tan profundamente inmersos en él que no es más posible el retorno a los antiguos paradigmas (sustentados hoy, apenas, por los programas escolares y por la

2 La “sociedad inglesa” significa hoy apenas “la vida social en Gran Bretaña”, mientras que hasta hace poco evocábamos con esta expresión la interdependencia fuerte de todos los grandes sectores de la vida social británica: la economía, el trabajo, la política, la educación y la acción militar del país.

fuerza – inercial pero aún importante – de cierto *establishment* universitario).

De la misma manera que el Estado y el poder fueron los conceptos centrales de los primeros siglos de la modernidad y así como el concepto de sociedad fue central para nuestros estudios durante más de un siglo, es evidentemente la noción de *individuo* la que ocupa hoy este lugar central. A condición de que aclaremos, con nuestro autor, un poco más este concepto.

El individuo en nombre de quien procuramos establecer reglas de vida personal y colectiva es un individuo político, social y cultural concreto, de suerte que puede constituir (y de hecho constituye) el único principio de definición, no ya de los valores sino de los derechos a partir de los que se definen los límites de lo justo y lo aceptable. Después de haber corrido tras estrellas lejanas (...), del paraíso a la sociedad sin clases o de la abundancia, nos hemos instalado ahora en un pensamiento fuerte y en categorías de análisis y acción derivadas todas de este principio único de distinción del bien y del mal, de lo duradero y lo provisorio.

Si las categorías culturales en tanto que categorías analíticas sustituyen las categorías sociales, es porque la idea de sociedad es reemplazada por la de *sujeto* (se emplee o no este término), porque la idea de institución es sustituida por la de defensa de los derechos culturales y porque la idea de socialización es reemplazada por la de aprendizaje de una vida responsable (de sí misma y de la de los otros).

Sobre las ruinas de la sociedad sacudida y destruida por la globalización surge, así, un *conflicto central* que opone, por un lado, fuerzas no sociales reforzadas por la propia globalización (movimientos del mercado, catástrofes posibles, guerras) y, por otro, el sujeto, privado del sustento de valores sociales que han sido liquidados. Este combate, sin embargo, no está perdi-

do de antemano, ya que el sujeto se esfuerza por crear instituciones y reglas de derecho que podrían dar sustento a su libertad y creatividad. La familia y la escuela son el *enjeu* principal de estas batallas.

Sin embargo, ¿este individuo, transformado por él mismo en sujeto, no está condenado al aislamiento, a restar privado de comunicación con “los otros”? La respuesta que Touraine da a esta pregunta es que “*no puede haber comunicación sin una lengua común*”. Y ésta es la *modernidad*. Pero tampoco hay comunicación posible sin reconocimiento de las diferencias existentes entre actores reales. Esta complementariedad puede ser obtenida a partir del momento en que se separe claramente la *modernidad* (que es la referencia común de todos aquellos que quieren comunicar) de las *modernizaciones* (que combinan la modernidad con campos culturales y sociales diferentes). Ninguna sociedad tiene el derecho de identificar su modernización a la modernidad. Los países occidentales, en particular, que han alcanzado la modernidad antes que los otros, deben reconocer a la vez que ellos no tienen su monopolio y que ella está presente también en otras formas de modernización (a excepción, claro está, de las que se oponen completamente a ella).

A la hora de finalizar su periplo, nuestro autor vuelve su mirada al pasado, para recordar que el modelo de modernización occidental consistió en polarizar la sociedad acumulando todo tipo de recursos en las manos de una élite y definiendo de manera negativa las categorías opuestas, caracterizadas como inferiores. La eficacia de este modelo fue tan grande que conquistó una gran parte del mundo. Pero, por naturaleza, ha estado atravesado por tensiones y conflictos que opusieron los dos polos. Durante los últimos dos siglos, así, las categorías subalternas (en particular los trabajadores, después los colonizados y casi al mismo tiempo las mujeres) formaron *movimientos sociales* para liberarse. Cosa que lograron, y que tuvo como primer efecto atenuar las tensiones inherentes al modelo

occidental, mas también de frenar su dinamismo. “Un gran peligro amenaza, entonces, esta parte del mundo – en opinión de Touraine: el de no poder concebir más nuevos objetivos y de no ser capaz de afrontar nuevos conflictos”.

Un nuevo dinamismo sólo podrá ser alcanzado a partir de una acción que llegue a *recomponer la unidad* de aquello que el modelo occidental ha separado: el universo instrumental y el universo simbólico, la economía y las culturas, superando las polarizaciones. Esta acción se manifiesta, hoy, para nuestro autor, en los movimientos ecológicos y en aquellos que luchan contra la globalización neoliberal, “*mas son las mujeres quienes constituyen (y serán) las actrices principales de esta acción*”, porque ellas llevan a cabo, más allá de su propia liberación “*una acción más general de recomposición de todas las experiencias individuales y colectivas*”.

Hoy, a la hora de la economía global y del individualismo triunfante, vuelan en pedazos los antiguos modelos sociales. Cada uno de nosotros, preso en la producción y la cultura de masa, procura escapar de ellas e intenta construirse como el sujeto de su propia vida. El nuevo paradigma que da cuenta de estas nuevas preocupaciones es cultural: mientras los antiguos paradigmas estaban orientados a la conquista del mundo, en el nuevo, es de nosotros de quien se trata. Y mientras tomamos conciencia de la descomposición de un mundo que estaba dirigido por hombres, entramos en una sociedad de mujeres. Como siempre en Touraine, la preocupación de dar forma teórica a nuestras prácticas sociales aparece fecundada por “la vida tal cual es”, y todo lo que él piensa reenvía a la experiencia cotidiana del mundo globalizado en el que nos movemos.

Hace algo más de diez años, al comentar otras dos obras de Touraine, Ricardo Sidicaro (un “viejo toureniano” como yo) recordaba que los análisis de Alain Touraine combinan la consistencia teórica con el conocimiento de múltiples situaciones históricas y nacionales. En un mundo convertido en

laboratorio sociológico, la pasión por comprender y explicar pudo llevarlo de las fábricas francesas de la Renault al Chile popular de Salvador Allende y Violeta Parra, a indagar sobre el comunismo utópico de los estudiantes de Nanterre, en mayo de 1968, o a hacer una intervención sociológica en los astilleros polacos de Gdansk, cuando nacía *Solidaridad*. Le quedó espacio para incorporar observaciones pertinentes sobre el sindicalismo paulista o las experiencias obreras de Lota y Huachipato, y hasta para meditar en su país natal acerca de la *mort d'une gauche* pero también para plantearse *cómo salir del liberalismo* antes de que muchos estuviesen dispuestos a aceptar cualquiera de estos temas. El libro que hoy comentamos aprovechó esa trayectoria y nos brinda una renovada perspectiva analítica para pensar el presente, en un mundo que, como diría el propio Touraine, "reclama nuevas ideas".

Estas ideas nuevas aparecen claramente expuestas en *Un nouveau paradigme*, en un intento de conciliar esas dos realidades a las cuales nuestro autor ha consagrado su pensamiento más reciente: el fin de lo social (con todos los fenómenos de descomposición y de desocialización que van anexos) y la centralidad que en el nuevo paradigma tienen el sujeto y los derechos culturales.

En fin, como gustan decir los editores: "un gran autor y un gran libro de referencia".

Recibido: 13/06/2005

Aceite final: 28/06/2005

Resumen

Unos meses antes de cumplir sus ochenta años Alain Touraine emprende una nueva etapa en su reflexión sociológica, proponiéndonos una clave interpretativa diferente, “un nuevo paradigma” para dar cuenta de la realidad social. En el centro de su nuevo libro se encuentra una cuestión central: la sociología ha llegado al fin de su camino y, de la misma manera en que ella sustituyó otro abordaje que proporcionaba una lectura política de la realidad social, desde hace varias décadas vemos desaparecer los instrumentos de análisis de la vida social en provecho de categorías y esquemas de análisis de tipo cultural. En particular, tiende a desaparecer toda referencia a la sociedad como principio de legitimidad de las conductas sociales en beneficio del propio individuo. Es el actor en persona, quien se atribuye esta capacidad de autolegitimación, que Touraine llama el sujeto.

Palabras-clave: Alain Touraine, Teoría sociológica, Paradigma social, Cultura, Sujeto.